

Desastre y humor en la *Relación de la inundación del río Mapocho* (1783), de sor Tadea de San Joaquín

Disaster and Humor in the *Relación de la Inundación del río Mapocho* (1783), by sor Tadea de San Joaquín

Miguel Donoso Rodríguez

<https://orcid.org/0000-0002-3796-5696>

Universidad de los Andes, Chile

CHILE

mdonosoro@uandes.cl

[*Hipogrifo*, (issn: 2328-1308), 12.2, 2024, pp. 239-255]

Recibido: 10-05-2024 / Aceptado: 10-06-2024

DOI: <http://dx.doi.org/10.13035/H.2024.12.02.13>

Resumen. El romance *Relación de la inundación que hizo el río Mapocho*, escrito por la monja carmelita sor Tadea de San Joaquín a propósito de la traumática experiencia de la inundación de su monasterio por una salida de madre del río Mapocho, ocurrida en Santiago de Chile en junio de 1783, es un notable ejemplo del género de la poesía barroca de catástrofes. El poema muestra el innato talento de esta religiosa para improvisar unos versos en los cuales es capaz de presentar las penosas circunstancias de la inundación con oportunos toques de humor, logrando así aliviar la pesada carga del desastre.

Palabras clave. Sor Tadea de San Joaquín; *Relación de la inundación que hizo el río Mapocho*; literatura chilena del siglo XVIII, poesía barroca de catástrofes.

Abstract. The romance *Relación de la inundación que hizo el río Mapocho*, written by the Carmelite nun Sister Tadea de San Joaquín regarding the traumatic experience of the flooding of his monastery due to a mother outflow of the Mapocho River, which occurred in Santiago de Chile in June 1783, is a notable example of the

genre of baroque catastrophe poetry. The poem shows the innate talent of this nun to improvise verses in which she is able to present the painful circumstances of the flood with appropriate touches of humor, thus managing to relieve the heavy burden of the disaster.

Keywords. Sor Tadea de San Joaquín; *Relación de la inundación que hizo el río Mapocho*; Chilean Literature of the XVIIIth Century, Baroque poetry of catastrophes.

En esta presentación me voy a referir a un conocido pero poco estudiado poema virreinal chileno del siglo XVIII, la *Relación de la inundación que hizo el río Mapocho en 1783*, obra de quien puede ser considerada la primera poeta chilena, sor Tadea de San Joaquín¹, una monja carmelita descalza del monasterio del Carmen Bajo de San Rafael, el cual estaba ubicado en la orilla norte del río Mapocho, en el inicio de la calle La Cañadilla (hoy Independencia), en el centro histórico de Santiago. Este poema, que consta de 516 versos octosílabos con rima asonantada en los versos pares, pertenece al popular género que Menéndez Pidal denominaba de los «romances noticiosos»² y que otros también llaman «poesía barroca de catástrofes», con ilustres antecedentes, para el ámbito hispanoamericano, en el poema *Temblor de Lima* (1609), del criollo chileno Pedro de Oña³, y otros ejemplos destacados en poemas sobre terremotos e inundaciones que asolaron distintas zonas del virreinato. Los desastres naturales fueron objeto de un gran número de estas relaciones y eran de gran interés para los lectores, y, según apunta José Promis en el estudio introductorio de su obra *La literatura del reino de Chile*, los primeros textos versificados que presentan una temática distinta a la de la guerra de Arauco ven la luz en Chile hacia mediados del siglo XVIII, y en su mayoría son «versificaciones anónimas escritas a propósito de acontecimientos que alteraban la monotonía de la vida colonial»⁴. En este grupo se inscribe, por lo tanto, el poema de sor Tadea.

El romance de nuestra carmelita cuenta con la friolera de nada menos que quince ediciones publicadas a partir del siglo XVIII, todas hechas a partir de la edición príncipe que vio la luz en Lima a fines de 1783 o principios de 1784⁵. La gran novedad textual se produjo en 2008, cuando la historiadora chilena Alejandra Araya descubrió en el Archivo Andrés Bello de la Universidad de Chile un manuscrito probablemente autógrafo del poema, el cual fue utilizado como texto base para la elaboración de la aludida edición crítica del texto.

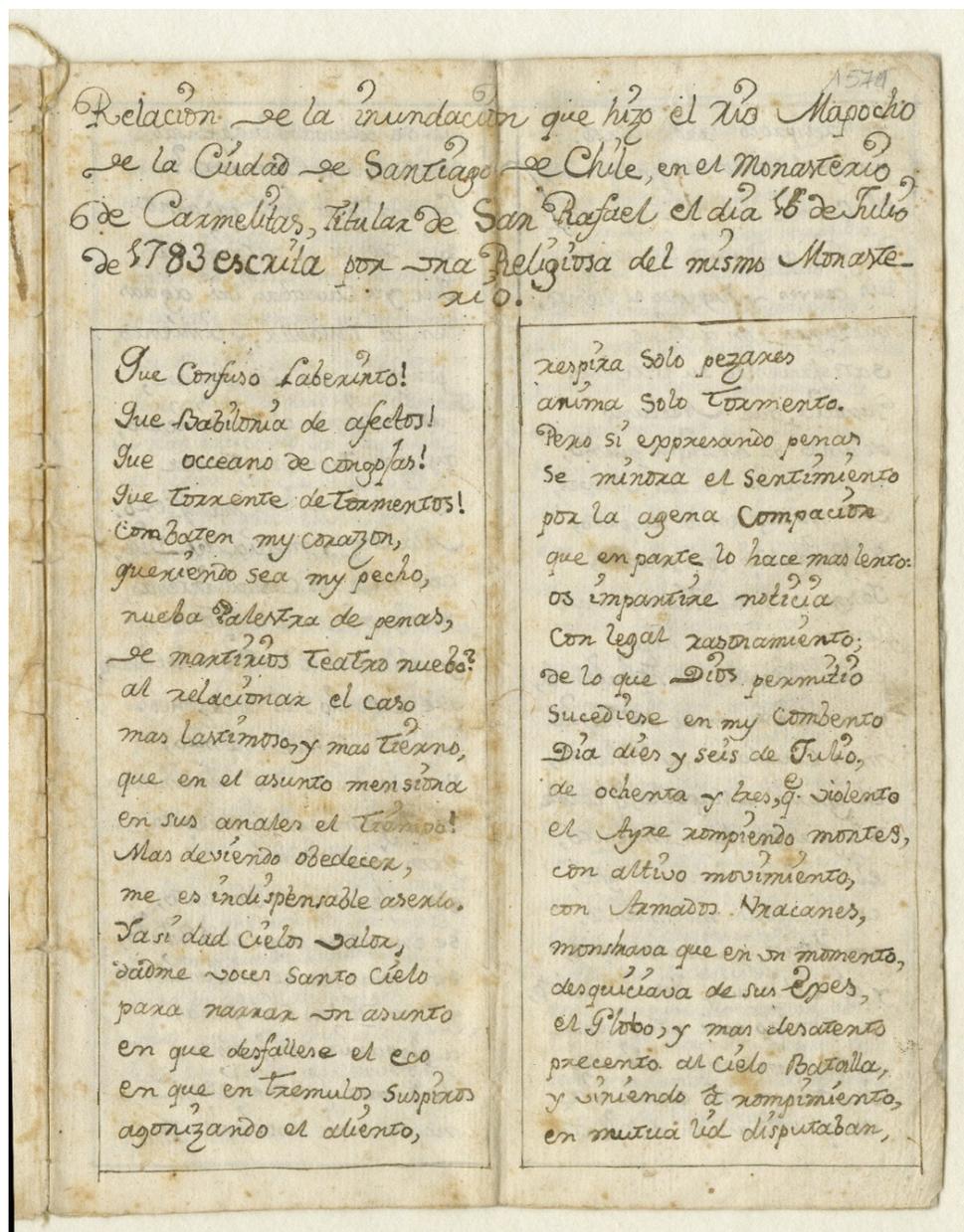
1. Remito para esta obra a la edición crítica recientemente publicada por Miguel Donoso Rodríguez (Santiago, Universitaria, 2022), con estudio histórico de Alexandrine de La Taille-Trétinville sobre la Orden carmelita en Chile. Esta edición corresponde al volumen seis de la Colección Letras del Reino de Chile.

2. Ver Menéndez Pidal, 1968, pp. 301-306.

3. Ver a este respecto Carneiro, 2018, p. 85, y su edición del mencionado poema de Oña.

4. Promis, 2002, p. 72.

5. Para la historia editorial del romance de sor Tadea ver el estudio textual de Donoso, 2022, pp. 86-91.



Primer folio del manuscrito de la Relación de la inundación que hizo el río Mapocho, de sor Tadea de San Joaquín. Gentileza del Archivo Central Andrés Bello de la Universidad de Chile, signatura AH1315

ANTECEDENTES BIOGRÁFICOS DE SOR TADEA DE SAN JOAQUÍN

Gracias al reciente descubrimiento de su partida de bautismo, hecho por Miguel Donoso y Manuel Salas en el Archivo Histórico Diocesano de Santiago, hoy sabemos que sor Tadea de San Joaquín vino al mundo como María Tadea García de la Huerta Rosales y fue bautizada en la parroquia El Sagrario de Santiago el 6 de enero de 1754, tres días después de nacer⁶. Sor Tadea fue la cuarta de cinco hermanos, nacidos del matrimonio del capitán Pedro García de la Huerta Iglesias con doña María Ignacia Rosales Ruiz. Su familia gozó de una holgada posición económica gracias a la cuantiosa dote aportada por su madre, parte de la cual correspondía a las haciendas de Chacabuco y Santa Rita de Pirque, lugares donde nuestra religiosa pudo pasar varias temporadas de su infancia. Parte de la estancia de Pirque es hoy propiedad de la Viña Concha y Toro, que conserva ahí una casa patronal⁷.

Los testimonios coinciden en que sor Tadea fue una mujer de excepcional talento e inteligencia, y, tal como indica Justo Abel Rosales en su obra *La Cañadilla de Santiago*, «pasó como una de las más hermosas damas de su tiempo»⁸. En palabras del padre Lázaro de la Asunción en su obra *Historia de la Orden del Carmen Descalzo en Chile*, sor Tadea «se distinguió por sus virtudes y por su inteligencia nada común»⁹; parece ser que era también «famosa por sus dotes artísticas y poéticas, "tañía el arpa y cantaba como los propios ángeles", al decir de sus contemporáneos»¹⁰. Eugenio Pereira Salas confirma que en los monasterios se daba gran importancia al estudio y cultivo de la música, y que hubo entre las religiosas «instrumentistas de mérito»¹¹. Y, lo más importante, sor Tadea era una mujer letrada, como solían ser las religiosas carmelitas, y no sería nada de extraño que tuviera encargos escriturales en su monasterio. Es sabido que los conventos de monjas, sobre todo en el siglo xvii, tuvieron la tarea de resguardar en la memoria escrita los sucesos importantes ocurridos en sus instituciones¹². La joven Tadea profesó en el convento del Carmen Bajo de San Rafael, fundado por el corregidor de Santiago, don Luis Manuel de Zañartu, al día siguiente de inaugurado el convento, habiendo tomado el hábito el veinticuatro de octubre de 1770, cuando le faltaban poco más de dos meses para cumplir los dieciséis años¹³. En 1771 sor Tadea hizo renuncia de sus bienes materiales ante el escribano Santibáñez, en vísperas de pronunciar sus votos solemnes. Tras la inundación del río Mapocho, ocurrida el 16 de junio de 1783, que dio origen a su popular romance, tenemos pocas noticias de sor Tadea: solo sabemos con certeza que fue dos veces clavaria o ecónoma y subpriora del monasterio y que firma como subpriora hasta octubre de 1805, se-

6. Ver la partida de bautismo en el estudio preliminar de Donoso, 2022, pp. 17-18.

7. Estos y otros antecedentes sobre la familia García de la Huerta Rosales se pueden ver en Donoso, 2022, pp. 19-21.

8. Rosales, *La Cañadilla de Santiago*, p. 110b.

9. Asunción, 1936, p. 184.

10. Sánchez de Loria Errázuriz, 1952-1953, pp. 114-115.

11. Pereira Salas, 1941, p. 153.

12. Ver Munguía Ochoa, 2019, p. 176.

13. Más datos sobre su profesión y sobre la fundación del monasterio en Donoso, 2022, pp. 21-22.

gún afirma sor Imelda Cano Roldán en su libro *La mujer en el reyno de Chile*¹⁴. Más tarde fue priora del monasterio en dos oportunidades, en los periodos 1810-1813 y 1816-1819¹⁵. Al final de su vida, según de nuevo apunta Justo Abel Rosales en su obra,

enferma ya de gravedad, no cesó de dar pruebas de su genio chispeante, componiendo poesías para entretener a sus compañeras de claustro, dando pruebas también de una sumisión profunda a las órdenes de su superiora y también a las de su confesor. Queriendo este probar hasta el último límite la ejemplar humildad de aquella santa monja, y viéndola muy próxima a la muerte, le mandó, bajo precepto de obediencia, que se despidiera del mundo entonando un himno a Dios en acción de gracias por el beneficio que le hacía en llamarla a su gloria. Obedeció al punto, y medio levantando la cabeza, entonó con voz dulce el *Te Deum laudamus*. Fue este el canto del cisne, porque murió sin concluir el versículo¹⁶.

En efecto, la muerte se llevó el alma de sor Tadea de San Joaquín el 24 de diciembre de 1827, cuando cumplía cincuenta y siete años de vida religiosa. Cabe agregar, como noticia curiosa, que el mismo año de su muerte volvió a salirse de madre el río Mapocho.

LA AVENIDA GRANDE DEL RÍO MAPOCHO DE 1783

Es difícil describir con palabras la magnitud del desastre ocasionado por la salida de madre del río Mapocho en junio de 1783, que da origen al poema. Los primeros pormenores de esta gran inundación figuran en diversas actas del Cabildo de Santiago, fechadas dos días después de ocurrida, al mes siguiente y a fines de ese mismo año 1783; esta última se refiere a los daños que sufrió el monasterio:

Esta dicha ciudad se halla en peligro de experimentar su desolación y última ruina, por haberse desplomado y demolido todos los tajamares de piedra y cal que la guardaban de las inundaciones y repetidas avenidas del río Mapocho que pasa a sus márgenes, lo que ocasionó la que se experimentó en el presente año, tan copiosa y abundante que no se ha visto otra mayor desde la fundación de esta capital, pues no solo se arrastró dicho[s] tajamares, de bastante fortaleza, sino que saliendo de madre arruinó un monasterio de monjas carmelitas de San Rafael y muchas casas, con notable detrimento del vecindario, que veía correr las aguas por las calles públicas y principales sin poderlo remediar, tomando por partido desalojarse en sus habitaciones para asegurar y salvar las vidas, quedando de esta suerte tan desfigurada la ciudad que es inconocible aun a los propios que viven y se han criado en ella¹⁷.

14. Cano Roldán, 1981, p. 616.

15. Tomo los datos sobre los cargos que desempeñó sor Tadea de Donoso, 2022, p. 22.

16. Rosales, *La Cañadilla de Santiago*, p. 111b.

17. Acta del Cabildo de Santiago del 20 de diciembre de 1783. La inundación fue también recogida por autores como Vicente Carvallo y Goyeneche, autor de la obra *Descripción histórico-geográfica del reino de Chile* (1796), y José Antonio Pérez García, autor de una *Historia general, natural, militar, civil y sagrada del reino de Chile* (1810); y por religiosos como el franciscano José Javier Guzmán y Lecaros, que escribió *El chileno instruido en la historia topográfica, civil y política de su país* (1834-1836), autor que debió

Justo Abel Rosales informa que en el día más crítico de la avenida el puente de Cal y Canto se llenó de curiosos que, usando lazos, rescataban escombros y animales de las aguas, las cuales terminaron por socavar los tajamares del río y abrirse paso hacia la ciudad misma, por lo cual los habitantes tuvieron que levantar barricadas para desviar la corriente, con diversos grados de éxito¹⁸. La arremetida de las aguas fue especialmente intensa cerca de la zona del referido puente, donde se ubicaba el monasterio del Carmen de San Rafael, que acogía a sor Tadea y sus compañeras religiosas. Tras quedar aisladas por la marea, que seguía aumentando con fuerza, a las monjas no les quedó más remedio que guarecerse en el coro del templo. Desde allí entonan himnos preparándose para morir ahogadas. Afortunadamente, cuatro hombres llegan en su ayuda: tres de ellos enviados por el obispo Manuel de Alday, con la misión de rescatar a las religiosas y revocar, bajo precepto de obediencia, su deber de permanecer en el claustro; el cuarto es descrito en el mismo poema como «un caballero» que llegó a salvar a las religiosas, individualizado en una nota al pie del manuscrito como «don Pedro García Rosales»¹⁹, quien debía ser Pedro Simón, hermano de la religiosa, lo cual es confirmado por Justo Abel Rosales, porque un descendiente de la monja, Manuel García de la Huerta, le reafirmó que don Pedro se arrojó al agua montado en una mula, a pesar de las advertencias de los espectadores, y que «pasó el río al poniente del puente de Calicanto, por la parte en que las aguas estaban más estendidas y presentaban menos corriente», resuelto a «morir o librar a su hermana monja, a quien suponía próxima a ahogarse; y así fue que, santiguándose para conjurar el peligro, entró resueltamente al mar de aguas que tenía a su frente»²⁰, llegando al otro lado sano y salvo.

Una vez rescatadas por estos cuatro hombres las veintiocho religiosas, algunas se refugiaron provisoriamente en una quinta cercana, lugar desde el cual fueron testigos del milagro, narrado en los versos 255 a 304 del romance, que se produjo cuando un valiente franciscano trasladaba la custodia con el Santísimo Sacramento desde el monasterio carmelita a la Recoleta Franciscana, atravesando las descontroladas aguas del río: detrás de él apareció una procesión constituida por la imagen de la Virgen de los Dolores (a la que las monjas rezaban en el monasterio al momento de ser rescatadas para no perecer ahogadas) y dos velas encendidas que la acompañaban, flotando sobre el agua mientras seguían al franciscano que transportaba la custodia, sin haber mano humana que explicase tal portento²¹.

de ser testigo presencial de la inundación, ya que había profesado en la vecina Recoleta Franciscana en 1772, y el presbítero y diputado José Ignacio Víctor Eyzaguirre, autor de una *Historia eclesiástica, política y literaria de Chile* (1850). Pero quien lo hace con más lujo de detalles es Benjamín Vicuña Mackenna en su *Historia crítica y social de la ciudad de Santiago* (1868).

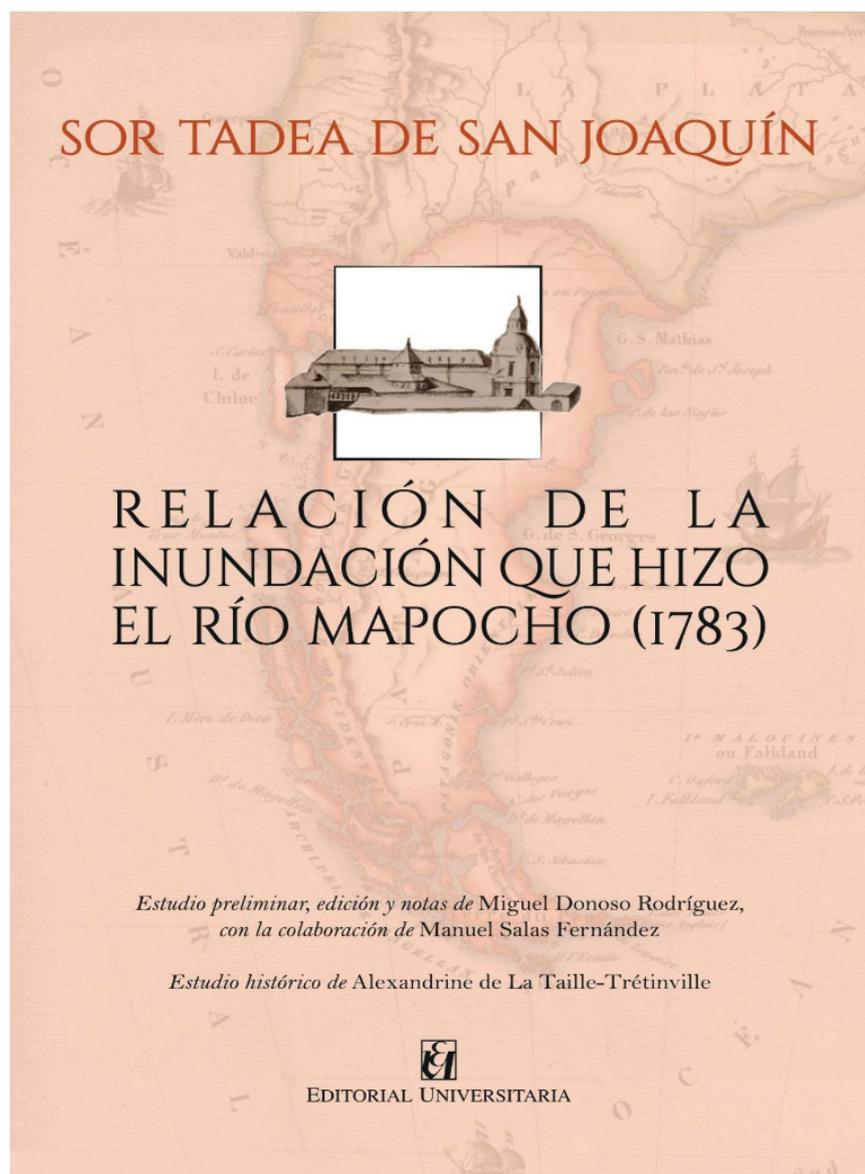
18. Rosales, *La Cañadilla de Santiago*, p. 98.

19. Sor Tadea de San Joaquín, *Relación de la inundación que hizo el río Mapocho*, v. 104, y nota al pie. Cito siempre por la edición de Miguel Donoso Rodríguez. Sobre su hermano Pedro Simón ver Donoso, 2022, pp. 20-21.

20. Rosales, *La Cañadilla de Santiago*, p. 99, nota 3.

21. Sobre este milagro o portento ver nota al v. 264 del poema.

Horas más tarde las religiosas serían trasladadas a la Recoleta Dominica, donde finalmente quedarían instaladas de forma provisoria en unos claustros mientras se reconstruía su monasterio, lugar que sirve de escenario a los últimos versos del romance de sor Tadea.



Cubierta de la reciente edición de la *Relación de la inundación que hizo el río Mapocho (1783)*, de sor Tadea de San Joaquín (Santiago, Universitaria, 2022)

HUMOR Y DESASTRE, DE LA MANO

Hay que tener presente también que, como es habitual en este tipo de escritoras, sor Tadea escribe por orden de su director espiritual, un religioso de la Recoleta Franciscana. Justo Abel Rosales apunta que «dicho confesor había hecho antes diversas pruebas con el vivísimo ingenio de sor Tadea, ya pidiéndole poesías religiosas sobre un tema dado, o ya dándole pie forzado para una improvisación, de lo cual salía siempre airosa»²². Esto indica que la monja tenía una gracia especial para improvisar y recitar versos y el hábito de hacerlo desde hace bastante tiempo, y que esa faceta suya era bien conocida. A pesar de la resistencia de la monja a escribir, su director espiritual no cesa en su empeño, convencido de su talento. También sabemos que, tal como se puede apreciar en los primeros versos del romance, sor Tadea no se siente cómoda con la situación, aunque incluso en estas circunstancias tendrá la suficiente presencia de ánimo para tomárselo con humor:

¡Qué confuso laberinto,
 qué Babilonia de afectos,
 qué océano de congojas,
 qué torrente de tormentos
 combaten mi corazón,
 queriendo sea mi pecho
 nueva palestra de penas,
 de martirios teatro nuevo,
 al relacionar el caso
 más lastimoso y más tierno
 que en el asunto menciona
 en sus anales el tiempo!
 Mas debiendo obedecer,
 me es indispensable hacerlo,
 y así, dad, cielos, valor;
 dadme voces, Santo Cielo,
 para narrar un asunto
 en que desfallece el eco,
 en que en trémulos suspiros,
 agonizando el aliento,
 respira solo pesares,
 anima solo tormento²³.

Ya en estos primeros versos, dotados de una estructura anafórica con aires calderonianos, resalta la utilización por la poeta carmelita de una pareja de sustantivos acuáticos que, haciendo un guiño a la cruel inundación padecida, preparan al lector para el relato del desastre natural, poniéndole un toque humorístico a la descripción de cómo sufre su corazón ante la tarea obligada de escribir: «Qué océano de congojas, / qué torrente de tormentos / combaten mi corazón»²⁴. Su confesor

22. Rosales, *La Cañadilla de Santiago*, p. 110b.

23. Sor Tadea de San Joaquín, *Relación de la inundación*, vv. 1-22.

24. Sor Tadea de San Joaquín, *Relación de la inundación*, vv. 3-5.

le había puesto un plazo para escribir no superior a una semana; transcurrido este, la religiosa le envió el poema, pero en ese momento él se encontraba ausente; después de andar de mano en mano el manuscrito llegó a poder de un “dependiente” de la autora, que diversos testimonios identifican como su hermano Pedro, el cual lo habría remitido a Lima para su publicación.

Ya antes se hizo hincapié en la gravedad de la inundación relatada, que afectó especialmente al monasterio carmelita de San Rafael, donde las monjas se vieron obligadas a refugiarse en el coro del templo, esperando el momento inminente de su muerte. Sor Tadea recuerda al principio del poema el mal tiempo que acompañara a la lluvia que ocasionó la inundación, personificándolo como una batalla campal de los desatados elementos que se resuelve en favor de las nubes preñadas de agua. Es en ese contexto que la monja hace entrar en escena a Neptuno, el dios del mar:

Parecía que Nectuno,
dejando su antiguo puesto,
se difundía en las nubes
sin mirar en su respeto,
y, liquidando los mares,
juzgo que del firmamento
llover océanos hizo
para nuestro sentimiento,
pues de este modo se hacía
más caudaloso y violento
el gran Mapocho, que corre
a la frente del convento,
el cual, compitiendo ya
con rápido movimiento
con Ebro y Manzanares,
y al Nilo aun llevando resto,
su sonido era aterrante
al más impávido aliento²⁵.

Cualquiera que tenga un mediano conocimiento del «gran Mapocho» sabe que el monstruoso río descrito en el poema es en realidad un pobre curso de agua cordillerano de régimen nivo-pluvial, el cual, en circunstancias normales, apenas alcanza a ser un arroyo. La comparación con el río Manzanares de Madrid puede tener su historia y nos habla de una autora letrada, y por supuesto la mención no tiene que ver con su modesto caudal, que es muy similar al del Mapocho²⁶. El Manzanares, que atraviesa la capital de España, es un río casi seco en verano, y, por lo mismo, no es raro que sea objeto de numerosas burlas entre los escritores del Siglo de Oro español, quienes lanzan agudos dardos contra su pobre caudal: «Manzanares, Manzanares / arroyo aprendiz de río», lo llama Quevedo²⁷. Tirso de Molina le

25. Sor Tadea de San Joaquín, *Relación de la inundación*, vv. 49-66.

26. Agradezco al historiador Francisco Javier González, de la Universidad de los Andes, que me sugirió algunas ideas sobre el Manzanares y los otros ríos mencionados por la monja.

27. Quevedo, *El Parnaso español*, núm. 496, vv. 1-2.

dedica varias cuartetas en una de sus obras en prosa, entre las cuales destaca esta: «Como Alcalá y Salamanca, / tenéis (y no sois Colegio) / vacaciones en verano / y curso sólo el invierno»²⁸. El poeta Luis de Góngora también se mofa de él en un romance que titula con su nombre, bautizándolo con los epítetos «duque de los arroyos», «vizconde de los ríos» y «marqués de Poza», para más adelante afirmar que «enano sois de una puente, / que pudierais ser marido / si al besalla en los tres ojos / le llegarais al tobillo»²⁹. Parecidas características posee el río Mapocho, a su paso por la capital de Chile, pero lo más importante es que uno y otro curso de agua suelen clamar de vez en cuando por sus fueros perdidos: en efecto, en septiembre de 1680 el Manzanares había causado estragos en Madrid y sus alrededores ocasionando la muerte de muchos habitantes. Un año antes de los hechos que nos convocan, en 1782, también se habían producido desbordes del río Manzanares, que quizá estarían en la memoria próxima de sor Tadea. Con respecto a los otros dos ríos mencionados, hablar de las inundaciones del largo y ancho Ebro sería hablar de todos sus inviernos; el Nilo, por su parte, es un río conocido porque todos los años fecunda con sus inundaciones amplias zonas agrícolas.

La siguiente nota de humor del poema tiene que ver con el momento, ya bien pasado el mediodía del dieciséis de junio de 1783, el día crítico de la inundación, en que dos monjas, alertadas por el estruendo de las aguas, suben a una torre del monasterio para observar el amenazante caudal, que se ha llevado ya los tajamares que protegen la ciudad, haciendo evidente que el río arrasará con el monasterio en cualquier momento y volviendo urgente la solicitud de ayuda:

Y tocando las campanas
a plegaria, con intento
de que nos favoreciesen,
no se veía movimiento
de que hacerlo procurasen,
pues estaban muy de asiento
en el puente y la ribera,
con pálido desaliento,
más de cinco mil personas
que con clamor y lamento
causaban más confusión
que alivio a nuestro tormento³⁰.

Interesa aquí hacer un comentario de la cifra demográfica contenida en el fragmento, pues se calcula que hacia 1780 la ciudad de Santiago bordearía las 20.000 almas³¹. Si no es que sor Tadea está exagerando la nota, la mención quiere decir

28. Tirso de Molina, *Cigarrales de Toledo*, p. 349.

29. Góngora, romance «Manzanares, Manzanares», en *Romances y letrillas*, pp. 174-175.

30. Sor Tadea de San Joaquín, *Relación de la inundación*, vv. 91-102.

31. Según Guarda (1978, p. 209), el primer censo o padrón hecho en Chile, que se llevó a cabo en 1777-1778, arrojó para el corregimiento de Santiago, que incluye las localidades de Santiago, Ñuñoa y Renca y otras más alejadas como Colina y Calera de Tango, 21.318 españoles, 6.265 mestizos, 5.456 indios y 7.568 negros y mulatos (esto es, un total de 40.608 habitantes). Corrobora estos datos Lira Montt,

que cerca de un cuarto de la población de la capital contemplaba o por mejor decir curioseaba en el espectáculo devastador de las aguas salidas de madre, y, según vieja tradición chilena, parece que todos se limitaban al consabido «¡Que alguien haga algo!», sin que, por supuesto, nadie hiciera nada.

El relato del romance prosigue con un episodio tragicómico que bien se puede inscribir entre los milagros de la salud:

El toque de las campanas
sirvió para que al momento
diez que enfermas en las camas,
y algunas con crecimientos
de calenturas, se hallaban,
tuvieran conocimiento
del inminente peligro
en que se veía el convento.
El susto solo les fue
activo medicamento
para recuperar fuerzas
y corroborar aliento,
y, tomando sus vestidos
para ponerse a cubierto,
enderezaron sus pasos
con trémulo movimiento
al coro, donde esperaban
fuese su fallecimiento³².

El que las monjas se mejoraran debido al susto podría ser un simple decir, pero es importante tener presente que en el siglo XVIII el susto era uno de los remedios para las calenturas propuestos por connotados galenos.

La siguiente mención jocosa del texto se inscribe en el momento del rescate de las monjas por los tres peones enviados por el obispo Alday, quienes, tras romper el torno que las aísla, logran ingresar al monasterio y las intiman a salir por orden de su superior eclesiástico. Hombres y religiosas buscan desesperadamente un lugar por donde escapar, pero ni los anegados claustros ni la inundada huerta del monasterio resultan viables para ello. Finalmente se deciden a taladrar la muralla, pero el agujero efectuado resulta tan pequeño que varias monjas quedan aprisionadas en el boquete al tratar de pasar por él, dando lugar al comentario humorístico de la carmelita:

Ejecutose al instante
el discreto pensamiento,
pero con la precisión

2010, I, p. 61. Pero solo una parte de ellos habitaba en la zona urbana de Santiago; de hecho, Rodríguez Villegas (2010, p. 99) apunta que en dicho censo la cifra de habitantes correspondientes a las parroquias urbanas de Santiago asciende a 23.991 habitantes.

32. Sor Tadea de San Joaquín, *Relación de la inundación*, vv. 125-142.

fue el taladro tan pequeño
que al salir más que aceituna
se nos aprensaba el cuerpo³³.

Pero lo peor en materia de burlas, por verse las monjas expuestas de tan vil manera, está aún por venir:

Apenas salimos fuera
cuando ya nuestro convento
lo robaban sin reparo,
y con tal atrevimiento
que no podrá reponerse
lo perdido en mucho tiempo;
pero es lo menos sensible
comparándolo al tormento
que toleramos al ver
el gentío tan atento
cuando, en brazos de los peones,
nos trasportaban sin tiento,
y a unas las tomaban mal,
a otras echaban al suelo,
y algunas, bien embarradas,
eran de la risa objeto³⁴.

Como se puede apreciar, el dolor del expolio del monasterio por los oportunistas ladrones, una vez abandonado a la fuerza el recinto sagrado por las monjas, y que era algo tan común en medio de los desastres (habitualmente combatido con una inflexible ley marcial), resulta ínfimo comparado con el tormento que significa para unas religiosas de claustro, ajenas al contacto con el mundo, de ser tratadas con tan poco tacto, recato y delicadeza por sus rescatadores, a los que se describe como peones o gente del pueblo. Las palabras de sor Tadea dejan entrever que al trasladar a las mojadas religiosas estas se les caen al suelo, con la consiguiente mofa o burla de los curiosos, e incluso ella sugiere que algunas debieron ser objeto de indignos manoseos.

Después de dejar a las monjas transitoriamente en una quinta contigua y de observar ellas, atónitas, el portento de la Custodia trasladada milagrosamente por el agua a manos de un franciscano, son subidas en carruajes y llevadas por el prior de los dominicos a la cercana Recoleta Dominica:

Pues estando en el aprieto
de no hallar situación fija
llegó luego un mensajero
de parte del padre prior
de la observancia, diciendo
que teníamos muy pronto

33. Sor Tadea de San Joaquín, *Relación de la inundación*, vv. 221-226.

34. Sor Tadea de San Joaquín, *Relación de la inundación*, vv. 231-246.

su magnífico convento,
y con grande cortesía,
igual a su entendimiento,
fue en persona por nosotras,
llevando para el intento
el carruaje necesario
que pudo aprontar más presto.
Seguimos nuestra derrota
con más esforzado aliento
al ver que Dios nos franqueaba
aquel Moisés verdadero
que, sin temer a las ondas,
las dominaba primero,
abriendo segura senda
como el otro en el Bermejo³⁵.

«Moisés verdadero» llama sor Tadea a fray Sebastián Díaz³⁶, el prior de los dominicos que, cual el profeta cuando separa las aguas del mar Rojo para que con seguridad las puedan cruzar los judíos huyendo de los carros egipcios, se preocupó en persona de trasladar por un camino seguro a las desconsoladas y ateridas monjas en medio de la inundación. Sin embargo, las pruebas a la paciencia de las religiosas estaban muy lejos de acabar:

Mas no faltaron desgracias,
si acaso pudieron serlo
los trabajos de los justos;
mas quiero decir en esto
que se continuó el crisol
y pruebas de nuestro Dueño,
pues como el llover seguía
era indispensable efecto

35. Sor Tadea de San Joaquín, *Relación de la inundación*, vv. 320-340.

36. El dominico Sebastián Díaz (1741-1812) fue hombre de una sabiduría legendaria en su época; según Rosales «poseía con perfección el derecho canónico y civil, la medicina, las matemáticas, la filosofía y ciencias naturales, especialmente la botánica, en que era versadísimo [...]. En teología dogmática, moral, mística y positiva no tenía rival [...] poseía con notable perfección y enseñaba los ramos siguientes: música, retórica y poética, idiomas patrio, latín, griego, francés, inglés, italiano, quichua, araucano y varios dialectos de España y América» (*La Cañadilla de Santiago*, p. 117). Graduado de licenciado y doctor en Teología por la Universidad de San Felipe en 1763, fue uno de los fundadores de la Casa de Belén o Recoleta Dominica y prior de dicho convento en los periodos 1781-1784 y 1786-1794. Entre sus obras se cuentan *Descripción narrativa de las religiosas costumbres del muy reverendo padre maestro fray Manuel de Acuña, primer prior de la Casa de Observancia de Nuestra Señora de Belén* (Lima, 1782); *Noticia general de las cosas del mundo por el orden de su colocación, para el uso de la Casa de los señores marqueses de La Pica y para instrucción común de la juventud del reino de Chile* (Primera parte en Lima, 1783; Segunda parte inédita); *Vida de Sor María Mercedes de la Purificación, en el siglo Valdés, religiosa dominicana del monasterio de Santa Rosa de Santiago de Chile* (Santiago, 1919); y asimismo de las obras inéditas *Manual dogmático y polémico, Ortografía y Fonética Chilena y Tratado contra la falsa piedad*. Era prior de la Casa de Belén cuando ocurrió la inundación. Ver para más datos Medina, 1878, III, p. 119 y Guarda, 2011, p. 368.

que los carros se calasen
de agua de cielo y de suelo,
y penetrasen agudas
a las de su furia objeto;
que a no informarlas Amor,
se transformarían en hielo.
A más de esto se quebraban
los carros por el gran peso,
siendo preciso acuñarlos
en medio del elemento.
Otras que en cabalgaduras
venían traían de lleno
toda la inclemencia, y otras
más penoso aditamento
de la logrebez, privando
de tino aun al más inspecto,
y si algunos compasivos
daban luz en tal aprieto,
se espantaban los caballos
y ponían en más riesgo³⁷.

Como vemos, los carruajes dispuestos no impiden que las ya empapadas y embarradas monjas sigan siendo caladas por la lluvia que cae del cielo y por el agua de la inundación; hay carros que quiebran sus ejes y que tienen que ser apuntalados para que no vuelquen, y las monjas que van simplemente montadas a caballo no solo están indefensas al mal tiempo, sino que se les espantan las bestias cuando se les intenta alumbrar el camino. Finalmente, las religiosas logran llegar a su destino, la Recoleta Dominicana, donde son acomodadas en un claustro bien alejado del convento, el cual van a reformar para instalar sus celdas. La imagen de algunas monjas con la ropa mojada y vestidas con zapatos prestados por los frailes dominicos no puede ser más vívida:

Empezamos a buscar
modo de secar de presto
la ropa, porque pegada
las más la traían al cuerpo,
excepto algunas que quiso
Dios favorecer en esto,
pues ni aun en las alpargatas
recibieron detrimento,
pero a otras les fue preciso
el andar por algún tiempo
con zapatos de los padres
hasta que fueron haciendo³⁸.

37. Sor Tadea de San Joaquín, *Relación de la inundación*, vv. 341-368.

38. Sor Tadea de San Joaquín, *Relación de la inundación*, vv. 419-430.

El poema termina con la descripción de un presente en que las monjas están instaladas temporalmente en el claustro de los dominicos, mientras se reconstruye su monasterio. A estas alturas las religiosas han logrado ya una progresiva observancia de la regla del Carmelo y de la clausura en medio de tan difíciles circunstancias, aunque todavía la enfermedad se volverá a abalanzar sobre ellas, ocasionando la muerte de una criada.

CONCLUSIÓN

El romance *Relación de la inundación del río Mapocho*, escrito por la monja carmelita sor Tadea de San Joaquín a propósito de la traumática experiencia de la inundación de su monasterio por una salida de madre del río Mapocho, ocurrida en junio de 1783, es un notable ejemplo del género de la llamada poesía barroca de catástrofes. Por otra parte, no solo constituye un ejercicio de obediencia de la religiosa ante las instrucciones de su director espiritual, quien le ordena escribir, sino también, y con toda probabilidad, es una muestra de su innata capacidad para improvisar versos. Nos encontramos con un poema en el que las penosas circunstancias de la inundación relatada corren parejas con unos oportunos toques de humor que inserta la monja en los versos, aliviando así la pesada carga del desastre.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Actas del Cabildo de Santiago, tomo XXXV, en *Colección de Historiadores de Chile y de Documentos relativos a la historia nacional, tomo LVIII*, Santiago, Sociedad Chilena de Historia y Geografía / Academia Chilena de la Historia, 1990.

Asunción, padre Lázaro de la, *Historia de la Orden del Carmen Descalzo en Chile (1899-1935). Parte segunda: Madres Carmelitas. Tomo III*, Santiago, Imprenta Chile, 1936.

Cano Roldán, sor Imelda, *La mujer en el reyno de Chile*, Santiago, Empresa Editora Gabriela Mistral, 1981.

Carvallo y Goyeneche, Vicente, *Descripción histórico-geográfica del reino de Chile*, Santiago, Imprenta de la Librería del Mercurio de A. y M. Echeverría / Imprenta de *La Estrella de Chile*, 1875-1876, 3 vols. (Colección de Historiadores de Chile, vols. 8, 9 y 10).

Carneiro, Sarissa, «Estudio preliminar», en Pedro de Oña, *Temblor de Lima y otros poemas al marqués de Montesclaros, virrey del Perú (1607-1615)*, estudio, ed. y notas Sarissa Carneiro, Madrid / Frankfurt am Main, Iberoamericana / Vervuert, 2018, pp. 13-108.

- Donoso Rodríguez, Miguel, «Estudio preliminar» y «Estudio textual», en sor Tadea de San Joaquín, *Relación de la inundación que hizo el río Mapocho (1783)*, estudio preliminar, edición y notas Miguel Donoso Rodríguez, con la colaboración de Manuel Salas Fernández, estudio histórico Alexandrine de La Taille-Trétinville, Santiago, Universitaria, 2022, pp. 17-45 y 85-94.
- Eyzaguirre, José Ignacio Víctor, *Historia eclesiástica, política y literaria de Chile*, Valparaíso, Imprenta del Comercio / Imprenta Europea de Ezquerria y Gil, 1850, 3 vols.
- Góngora, Luis de, *Romances y letrillas*, Buenos Aires, Losada, 1939.
- Guarda, Gabriel, OSB, *Historia urbana del Reino de Chile*, Santiago, Andrés Bello, 1978.
- Guarda, Gabriel, OSB, *La Edad Media de Chile. Historia de la Iglesia desde la fundación de Santiago a la incorporación de Chiloé, 1541-1826*, Santiago, Corpates / Corporación del Patrimonio Religioso y Cultural de Chile, 2011.
- Guzmán y Lecaros, José Javier, *El chileno instruido en la historia topográfica, civil y política de su país*, Santiago, Imprenta Nacional / Imprenta Araucana, 1834-1836, 2 vols.
- Lira Montt, Luis, *La nobleza en Indias: estructuras y valores sociales. Estudios histórico-jurídicos*, Santiago de Chile, Publicaciones Bicentenario / Academia Chilena de la Historia, 2010, 2 vols.
- Medina, José Toribio, *Historia de la Literatura Colonial de Chile*, Santiago, Imprenta de la Librería del Mercurio, 1878, 3 vols.
- Menéndez Pidal, Ramón, *Romancero hispánico (hispano-portugués, americano y sefardí)*, tomo 1, en *Obras Completas*, vol. IX, Madrid, Espasa-Calpe, 1968.
- Munguía Ochoa, Laura Yadira, «Autobiografías femeninas como crónica conventual: el caso de Santa Teresa la Antigua y San Jerónimo de México», en *La escritura del territorio americano*, ed. Carlos Mata Induráin, Antonio Sánchez Jiménez y Martina Vinatea, New York, Instituto de Estudios Auriseculares (IDEA), 2019, pp. 175-190.
- Oña, Pedro de, *Temblor de Lima y otros poemas al marqués de Montesclaros, virrey del Perú (1607-1615)*, estudio, ed. y notas Sarissa Carneiro, Madrid / Frankfurt am Main, Iberoamericana / Vervuert, 2018.
- Pereira Salas, Eugenio, *Los orígenes del arte musical en Chile*, Santiago, Imprenta Universitaria, 1941.
- Pérez García, José Antonio, *Historia general, natural, militar, civil y sagrada del reino de Chile, 1808*, Santiago, Academia Chilena de Ciencias Sociales, Políticas y Morales / Instituto de Chile, 2013, 2 vols.
- Promis, José, *La literatura del reino de Chile*, Valparaíso, Universidad de Playa Ancha Editorial / Editorial Puntángelos, 2002.

- Quevedo, Francisco de, *El Parnaso español*, ed. Ignacio Arellano, Madrid, Real Academia Española, 2020.
- Rosales, Justo Abel, *La Cañadilla de Santiago, su historia y sus tradiciones 1541-1887*, Santiago, Establecimiento Tipográfico de *La Época*, 1887.
- San Joaquín, sor Tadea de, *Relación de la inundación que hizo el río Mapocho (1783)*, estudio preliminar, edición y notas Miguel Donoso Rodríguez, con la colaboración de Manuel Salas Fernández, estudio histórico Alexandrine de La Taille-Tréville, Santiago, Universitaria, 2022.
- Sánchez de Loria Errázuriz, Federico, «Los García de la Huerta», *Revista de Estudios Históricos*, 3, 1952-1953, pp. 101-134.
- Rodríguez Villegas, Hernán, «Plenitud colonial, barroco y neoclásico, 1730-1818», en *Santiago de Chile: catorce mil años*, ed. Carlos Aldunate y Hernán Rodríguez Villegas, Santiago, Edición Bicentenario / Museo Chileno de Arte Precolombino / Banco Santander, 2010, pp. 79-121.
- Tirso de Molina, *Cigarrales de Toledo*, ed. Luis Vázquez Fernández, Madrid, Castalia, 1996.
- Vicuña Mackenna, Benjamín, *Historia crítica y social de la ciudad de Santiago 1541-1868*, Santiago, Editorial Nascimento, 1924-1926, 2 vols.